



**INSTRUCCIONES
PARA CONVERTIRSE EN**

fascista

MICHELA MURGIA

Seix Barral



Seix Barral Los Tres Mundos

Michela Murgia

Instrucciones para convertirse en fascista

Traducción del italiano por
Ana Ciurans Ferrándiz

Título original: *Istruzioni per diventare fascisti*

© Giulio Einaudi editore s.p.a., Turín, 2018

Publicado de acuerdo con Agenzia Letteraria Kalama, Cagliari

© por la traducción, Ana Ciurans Ferrándiz, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: abril de 2019

ISBN: 978-84-322-3502-3

Depósito legal: B. 5.964-2019

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

EMPEZAR DESDE EL PRINCIPIO

Para convertirse en fascista, lo primero que hay que hacer es olvidarse de la palabra *líder* tal como se entiende en los sistemas democráticos. Ninguna democracia, forma de gobierno que persigue la utopía de que todos somos iguales, ha podido escapar a la contradicción que supone organizar la igualdad de manera jerárquica. Los demócratas también saben que un guía superior es indispensable, pero pretenden elegirlo y controlarlo con tantas ataduras y vínculos que la persona que debería guiarlos acaba siendo la que tiene menos poder de todas. La democracia se ha apropiado del significado más profundo del concepto de guía que se oculta tras la palabra *líder* —en alemán, *Führer*— y lo ha falsificado a su

imagen y semejanza. El que originariamente era un plenipotenciario carismático ha acabado por asumir la forma de un representante débil y temporal que está a merced del viento electoral, obligado a soportar la vergüenza de ser elegido, además de por los ciudadanos, por su propia comunidad política. Y a pesar de que llaman *primarias* a estas consultas demenciales, lo que surge de ellas siempre es secundario, porque la fuerza del recuento de base es demasiado variable: hoy tienes el consenso y mañana ya no lo tienes. Todo es inestable, y la inestabilidad en el gobierno es el primer defecto de la democracia.

¿Qué palabra alternativa puede ofrecer el fascismo al concepto débil y confuso de «líder»? Muy sencillo: *jefe*. No se trata de cambiar la palabra, es más, todos podemos seguir llamándolo *líder* tranquilamente; lo importante es que quede bien clara la diferencia entre ambas funciones. El líder inspira e indica una dirección, pero sufre la gran desventaja de que en una democracia las personas pueden seguirla o no. Y si se convencen de que pueden no hacerlo, tened la certeza de que no lo harán. Un líder que puede ser criticado no

tiene ningún poder real. El verdadero jefe, en cambio, no negocia. Ordena la dirección que hay que seguir y es el primero que la toma demostrando que es capaz de anticiparse a las expectativas de sus seguidores. La inspiración es bonita y todo eso, pero es cosa de poetas, no de políticos. Para gobernar se necesita a alguien decidido que no dude a la hora de arrastrar a los suyos y de arrasar los obstáculos que le impidan avanzar utilizando todos los medios que tenga a su disposición.

El problema del líder democrático es que discute con quien le plantea opiniones contrarias dotándolas así de la misma dignidad que las suyas, de modo que a la hora de tomar una decisión los opositores lo deslegitiman. El jefe, en cambio, es sincero, leal, no finge que toma en consideración las numerosas opiniones contrarias que surgen alrededor de las personas que están al mando, y por esta razón sus decisiones no son negociables. Cuando gobierna, puede ganar o perder, pero al jefe hay que obedecerlo en cualquier caso, porque quienes no obedecen minan desde la raíz las posibilidades de conseguir la

victoria. La diferencia entre el débil líder democrático y el jefe es ésta: con el jefe no se discute, porque si tuviera que discutir con quien no piensa como él en un país en el que todos se creen entrenadores de la selección nacional, ¿cuándo tomaría las decisiones?

La segunda ventaja de tener un jefe es la rapidez de actuación. Que quien empuña el bastón de mando posea una mayor cuota de libertad garantiza un ahorro de tiempo considerable a la hora de tomar decisiones: con cuanta menos gente haya que consultar, más rápido se podrán tomar; cuanta más representación otorgue la democracia a las minorías políticas, más despacio actuará el ejecutivo, lo cual será percibido por el pueblo como un inmovilismo insoportable. Pero si el pueblo tardara mucho en comprender que la culpa de esta ineficacia es imputable a la lentitud democrática, habrá que aprovechar todas las ocasiones que se presenten para denigrar el parlamentarismo, sobre todo en su composición proporcional, y proponer como solución más eficaz

el presidencialismo, por ejemplo. Será preciso hacer leyes electorales que favorezcan la concentración de votos en figuras individuales fuertes para polarizar el consenso o, cuando menos, bipolarizarlo. Será fundamental reducir, o mejor anular, las autonomías territoriales, incluso mediante las reformas constitucionales oportunas, para que las decisiones estructurales se tomen sin la concurrencia de un debate o con su mínima expresión.

Mermer los espacios de participación desde la base (secciones de partido, comisiones, comités, procesos participativos) será útil para reafirmar la idea de que quien gobierna tiene que actuar con la mayor libertad posible, so pena de no concluir nada útil. Podría tardar mucho, pero una vez restablecido el concepto de «jefe», éste actuará con la misma fuerza que nos impulsa a amar a los héroes y a convertirnos en seguidores de personajes públicos que enaltecen modelos ya no de inspiración («querría actuar como él»), sino de aspiración («querría ser como él»). Por eso es importante repetir que los órganos de negociación democrática son trabas burocráticas

que no sirven para nada; es más, que impiden la adopción de decisiones reales. A fuerza de oírlo decir, cualquiera concluirá de forma natural que la concentración de poder en manos de un hombre fuerte que sabe lo que hay que hacer sería mucho más eficaz que pedir continuamente la opinión inútil de un país débil.

También hay que considerar el aspecto económico. Es evidente que un solo hombre al mando cuesta mucho menos que un guía que esté obligado a dialogar continuamente con las personas a las que dirige. De hecho, la democracia, al tener muchos niveles de verificación y de debate entre las diferentes posiciones, necesita representarlas a todas simultáneamente, lo cual, además de ser una pérdida de tiempo, supone pagar a los innumerables representantes del pueblo. El jefe, en cambio, sale barato porque decide solo o con un grupo reducido de personas de confianza. El hecho de llamarlo *grupo de los elegidos*, *consejo de hombres sabios* o *círculo de personas de confianza* es indiferente, lo que cuenta es que cuantos me-

nos sujetos decidan, más barato resultará. Si estuviéramos en tiempos aptos para llamar a las cosas por su nombre, habría que reconocer que el sistema menos costoso es la dictadura, puesto que financia a una sola persona. Pero como aún estamos muy lejos de ese nivel de administración virtuosa de los recursos, poner a un jefe que decide junto a un grupo reducido de personas ya sería un progreso con respecto al coste actual.

Mientras tanto, seguir haciendo hincapié en lo que nos cuesta una administración democrática resultará de utilidad para sentar las bases de su eliminación. Recordar lo que cobran los parlamentarios, pedir sin cesar la reducción de sus salarios, de sus sueldos vitalicios y de cualquier forma de financiación de los partidos es un tema que garantiza un consenso transversal, porque todos estamos de acuerdo en que los políticos nos salen demasiado caros. A fuerza de repetirlo, la idea de que es la democracia misma la que cuesta demasiado se filtrará incluso entre los demócratas.

No obstante, contar con un jefe en lugar de con un líder tiene una ventaja todavía mayor: los gobernados se adaptan a quien gobierna activando así un proceso en el que, al cabo de un tiempo, todos acaban pareciéndose. El pueblo que tiene un líder será belicoso, pretenderá que lo escuchen, discutir las decisiones que no le gustan, intentará que no haya consenso, será irrespetuoso con la autoridad, se manifestará y se quejará, no mostrará agradecimiento ni obediencia. En cambio, el pueblo que invoca a su jefe confía en él y se pone en sus manos, reconoce que quien toma las decisiones tiene una visión más amplia, no pone trabas continuamente, y si se manifiesta, es para apoyar y aplaudir a quien tiene la ardua tarea de mandar.

El pueblo que reconoce a alguien como jefe vive más tranquilo, se pone en sus manos y obedece al deseo del amo que vive secretamente en cada uno de nosotros, esa *servidumbre voluntaria* cuya fuerza no pudo negar ni siquiera Étienne de La Boétie cuando en el siglo XVI prevenía a los pueblos del peligro, como él lo definía, de la dictadura. En su *Discurso sobre la servidumbre vo-*

luntaria, De La Boétie decía que «cada vez que nombramos en singular la pluralidad social, nos disponemos a favorecer la tiranía». ¡Ojalá fuera verdad! Sin embargo, la triste realidad es que, para un fascista contemporáneo, eso se ha convertido en un objetivo utópico. Atrás quedaron los tiempos en que un caudillo, un rey o un magistrado romano podía gobernar él solo a todo un pueblo. No obstante, la *esclavitud voluntaria* puede explotarse para limitar, al menos en parte, el pluralismo y podar un poco las instituciones democráticas reduciendo todo lo posible las fuerzas en juego. Una vez que se ha educado al pueblo para que se reconozca en un jefe, el segundo paso es mantener el consenso mediante una comunicación eficaz y lo más banal posible. Sí, *banal*, habéis leído bien.